

recibí consejos y enseñanzas, que si no he sabido aprovechar lo suficiente, a lo menos no me ha dejado olvidar nunca esta casa, que fue la segunda para mí en orden de precedencia, pero a la que quiero con el mismo frenesí que a la de mis padres, porque si de ellos obtuve la vida, la fe que confieso orgulloso, y la prédica constante de la virtud y de la verdad, aquí acrecenté lo allá adquirido, y proseguí encaminando mis vacilantes pasos por el camino que ya me habían señalado mis progenitores.

Después de haber entrado en el diario afán de la vida, después de dejados estos claustros para ir en pos de lo que se nos enseñó en la cátedra, es un dulce consuelo el que experimenta el alma volver a ellos en día de regocijo, trayendo intactas al Rector y al amigo las expresiones de gratitud y de simpatía, que se han anidado en el corazón, que tuvieron su origen en la justicia, y que si no corresponden a los beneficios recibidos, es porque la pequeñez del agraciado no alcanza a subir, para dar cumplidas gracias, las mismas gradas por donde supo ascender a la gloria terrena, el que alcanzará como la última y definitiva aprobación de su vida, la bienaventuranza final para la que fuimos creados.

He dicho.

ALBERTO ABELLO PALACIO

LOS DIAMANTES

Tirado en el camino
había un collar radioso de diamantes,
diáfanos, rutilantes,
como de cuento mágico.

Aquel collar divino
se asemejaba a un pérfido asesino
que aguardara en asecho
para matar el corazón. Mil llamas
—fulgor de odio, fiebre de despecho,
ardores de venganza o de victoria,—

saltaban de las ramas
donde el bello peligro aparecía
en medio de la escoria
y de los guijarrales de la vía.
¿De dónde llegaría
aquella esplendidez inmarcesible,
aquellas tiernas moles
de atracción invencible
como si fueran diminutos soles?
Quién sabe de qué regio!
país llegó ese bello florilegio
tan límpido y viviente,
que lo llevó tal vez sobre la frente
la reina de Sabá; belleza arcana
que lució en una mano soberana
o en alguna garganta floreciente.
¿Esas tranquilas gemas
fueron para las límpidas diademas
de algún rey oriental?

¿En una gruta
de encantos y de ensueños y de mitos,
mientras volaba en lánguida voluta
el humo de la pipa con el opio?
¿Algún discreto mago
de fabulosos ritos
las tomó de un acopio
de piedras finas de ideal rareza,
para asombrar el femenino halago
de alguna emperatriz de la belleza?
¿Fueron luz de un amor, cadena fuerte
que unió dos vidas en la paz de un nido
y desató el olvido
mensajero sin alma de la muerte?
¿O fue quizá que en lírico derroche
de idealidad y sentimentalismo,
cayó ese sacro broche
cual llanto del abismo
de las negras pupilas de la noche?
Y en el sendero estrecho

el tesoro feliz aparecía,
como asesino pérfido en asecho...

Por la desierta vía

llegó un mendigo pálido,
de mirada sombría,
taciturno y escuálido,
como una flor de la melancolía.

Hace tiempo que va por los senderos
sin esperanza, sin amor, sin lumbre,
contra los soles y los ventisqueros
y el ceño de la adusta muchedumbre.

Un veacido en el árido combate
de la gloria y la vida,
que va sintiendo siempre el acicate
en la feral entraña de su herida.

Ese pobre mendigo
sin familia y sin luz, tiene en su duelo
un sabio y fiel amigo,
que sirve de guardián y de testigo
para aquel infinito desconsuelo:
un mísero mastín, torvo y huraño,
que halló a sus plantas plácida techumbre
y que sigue a ese lúgubre ermitaño
como un dolor tras una pesadumbre.

Son dos barcos perdidos
de este mar de la vida en la borrasca;
van por el mundo como dos olvidos
del árbol de la muerte desprendidos,
que lleva en sus turbiones la hojarasca.
Fueron dos vidas juntas hacia el mismo
socavón del enigma,
que tuvieron sapiencia y heroísmo
para cruzar por el humano abismo
convirtiendo en blasón su propio estigma.
Por la fatiga y por el hambre hermanos,
de la vida en los ásperos caminos
se fueron conduciendo de las maros
hacia el misterio cruel de sus destinos.
Vio el anciano aquel férvido tesoro

del collar milagroso y fulgurante,
y oyó en su corazón como un gran coro
de risas frescas y de amor distante.
¿Viene la vida al fin hasta su tienda
para infundirle fe con un abrazo,
o es que se esconde en medio de la senda
para tenderle, traicionera, un lazo?
¿Es quizá que la gloria compasiva,
como una fiel madona,
quiere exornar su frente pensativa
con aquella mirífica corona?
¿O es la avaricia miserable y hosca,
que florece en el cieno,
y es como una serpiente que se enrosca
y mata el corazón con su veneno?
Fascinado, encendido, vacilante,
tomó el collar; los broches prisioneros
temblaron en la mano palpitante
como un rosario augusto de luceros...
Luégo miró a sus pies: dos grandes ojos
le decían solícitos y sabios,
con la ternura fiel de sus enojos
y con dulces agravios,
la tristeza sin par de unos abrojos.
Sintió el viejo el reproche compungido
de su hermano en las penas
y oyó en el corazón como un latido
de la sangre amorosa de sus venas.
Tuvo un suave destello
de los mundos arcanos,
y con impulso luminoso y bello
tomó el perro en las manos
y puso los diamantes en su cuello.
Y después, en un noble pensamiento
de gratitud gloriosa y perdurable,
con sublime y divino sentimiento
le besó la cabeza miserable.

EMILIO ARIAS MEJIA